



PREFACIO



Dicen que Orballo es un pueblo que dio la espalda a la magia.

Donde las leyendas ya no se cuentan como antes.

Donde las meigas dejaron de ser importantes y viven recluidas en escondites porque nadie se fía de ellas.

Los espíritus guardianes dejaron de proteger a sus gentes por una maldición, por una traición. Y desde entonces, el pueblo está abandonado a su suerte.

Orballo es uno de esos pueblos con espíritus oscuros que acechan sus estrechas calles. Con leyendas antiguas que articulan su historia. Un pueblo aislado, con un precioso mar de plata que baña la orilla, un acantilado afilado y verdes montes que lo abrazan, como si trataran de conservar su esencia. Un precioso bosque de olmos tiñe las lindes, donde se esconden los espíritus guardianes entonando sus ancestrales cánticos. Esperando una nueva oportunidad a ser escuchados.

Es uno de esos pueblos donde la traición empapa sus raíces y no se quiere revisar el pasado.

Maia es una de esas vecinas de Orballo, que no cree en espíritus devoradores de almas, ni en amuletos de estaño.

Es una de esas personas que le ha dado la espalda a la magia.



CAPÍTULO 1



Brasas adormiladas

La consulta de la mañana se estaba haciendo eterna.

Maia dejó escapar un larguísimo suspiro mientras sus gafas se tambaleaban sobre el puente de la nariz. No sabía dónde meterse. La señora Adela intentaba sujetar a su gata con unos dedos tan cortos e hinchados que parecían un paquete de salchichas. La alianza dorada que brillaba en su anular se había quedado atascada y parecía que en cualquier momento iba a reventar de tanta presión. Su mascota, una preciosa gata himalaya llamada Mau, se retorció con bufidos y zarpazos en los brazos de la veterinaria que, con infinita paciencia, intentaba inyectarle la vacuna de la rabia en el lomo.

—¡Ten cuidado! —A la señora Adela le salió una voz estridente en cuanto la aguja tocó la piel del animal.

—No se preocupe, no le voy a hacer ningún daño. Ya sabe que Mau se pone un poco nerviosa con las vacunas.

—Es que lo pasa tan mal... —resopló entre suspiros, y planchó el dorso del animal con sus enormes manos.

La señora cerró los ojos en el momento en el que la aguja perforó la piel de la gata. Mau, con su carácter arisco y distante, muy similar al de su dueña, dejó escapar un maullido desagradable y enseñó unos afilados dientes a modo de amenaza. Maia retiró la mano al instante, con la jeringa aún goteando, al ver que la gata se revolvía agresiva contra ella. No era la primera ni la última vez que Mau se ponía tan insoportable durante una vacunación. Ninguna de los dos se caía bien, era algo mutuo y aceptado entre la gata y la veterinaria. Tenía el mismo sentimiento con la señora Adela, que no se incluía entre sus clientes favoritos, precisamente.

Maia dejó que la gata retozara contra la dilatada barriga de su dueña, mientras ella se dirigía al lavabo para enjuagarse las manos.

—Hemos terminado. Recuerde que la siguiente vacuna tiene que ser el mes que viene. Déjeme la cartilla, se lo apunto para que no se le olvide.

—Tienes que ser más cariñosa con ella, Maia. Mau es una gatita muy sensible, lo pasa muy mal con las agujas.

Doña Adela hablaba con cierto retintín molesto. Maia suspiró internamente, mientras cogía la cartilla de la mascota y la abría por el final para estampar el sello y la pegatina correspondiente.

—Los animales son más duros de lo que pensamos —apuntó, sin levantar la mirada de la cartilla—. Somos nosotros quienes los mimamos y los hacemos más... dependientes.

En realidad, le hubiera gustado usar un adjetivo más preciso, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta. Se le

pasaron por la cabeza diferentes opciones: estúpidos, inútiles, mimados... Pero prefirió cerrar la boca y sonreír.

Doña Adela sonrió con prepotencia. Era una mujer expansiva, en todos los sentidos. Estaba a punto de traspasar la respetada línea de los setenta, que intentaba disimular bajo un tinte rubio platino y unas gafas oscuras con las patillas embadurnadas en falsos brillantes que nunca se quitaba, ni siquiera cuando hablaba con ella en la consulta. A Maia le molestaba profundamente. Se lo había insinuado varias veces, pero la mujer hacía oídos sordos y siempre entraba con las gafas puestas y la gata metida en un gigantesco bolso rosa chillón.

—Aquí tiene —le dijo, y le devolvió la cartilla de Mau—. Nos vemos el mes que viene. La llamaré por teléfono para recordárselo.

—Claro que sí, bonita —contestó con una media sonrisa—. Una pregunta guapa, ¿qué significa esto?

Sacó del chirriante bolso un papel doblado y se lo entregó. Maia observó lo que parecía la dosificación de algún tipo de medicamento, donde se explicaba de forma detallada la cantidad que tenía que tomarse cada día.

—Es el sintrom, niña. Me ha subido ¿sabes? Es muy raro en mí que se haya disparado de esa manera, cuando yo soy estricta con todas mis pastillas. ¿Sabes lo que significa tenerlo tan alto?

Maia puso los ojos en blancos.

—Doña Adela, se lo he dicho muchas veces, estas cosas se las tiene que preguntar a su médico. Yo soy veterinaria.

Le devolvió la hoja y, muy a su pesar, Doña Adela la aceptó con una mueca de decepción que no intentó disimular.

—¿Y para eso has estudiado tanto? —escupió—. Bueno, bonita, gracias de todas formas. Se lo preguntaré a mi vecina, ella seguro que lo sabe. ¿Nos vamos, preciosa Mau?

La gata se había entretenido lamiéndose su sedoso y largo pelo amarillento. Cuando escuchó su nombre, dio un elegante salto desde la mesa de exploraciones hasta el ostentoso bolso de Doña Adela y se enrolló en su interior sin ningún esfuerzo.

—Hasta el mes que viene —se despidió Maia con un gesto vago.

La mujer salió con indiferencia de la consulta y cerró de un portazo que hizo tambalear la paciencia de Maia.

Entonces se derrumbó sobre la mesa de exploraciones y descansó unos segundos con la frente apoyada en la fría superficie mientras el pelo de Mau flotaba a su alrededor.

Estaba siendo un día largo, una de esas pesadas e interminables mañanas que se arrastraban con parsimonia. Eran las doce de la mañana y todavía le quedaban dos horas para cerrar e irse a comer. Los pies le iban a estallar dentro de los zuecos. Por correr de un sitio para otro, los tobillos se le habían hinchado como las patas de un elefante. Los eccemas que invadían su zona T cuando estaba estresada no tardarían en aparecer. Había bebido poca agua y la piel le picaba horrores. Echó un rápido vistazo por la ventana, las hojas de los castaños que decoraban la entrada de la clínica habían mutado a un marrón rojizo intenso. La entrada del otoño era inminente. Orballo entero se había vestido de ocre y dorado,

de frágiles hojas que se desprendían con las primeras brisas y del olor de castañas calientes y bellotas. Por fin desaparecía el calor del verano que tanto odiaba Maia. Prefería envolverse en su chubasquero y en sus botas rojas para perderse por el precioso bosque de olmos que rodeaba el pueblo. Podía pasar horas andando entre los árboles, en silencio.

Hizo una lista mental de todo lo que había hecho: una limpieza bucal de un diminuto yorkshire a primera hora. El estudio cardiológico de Cola, el viejo setter inglés del farmacéutico. También había hecho varias revisiones generales, e incluso, le había dado tiempo a preparar los preoperatorios de la semana siguiente. Por la tarde, le tocaba visitar la granja del cascarrabias de Lucas, que estaba preocupado porque le parecía que su yegua no trotaba bien.

Maia estaba cansada. Vacunas, papeleos, heridas accidentales y otras cirugías menores habían copado casi todo su tiempo. Había sido una de las semanas más intensas de los últimos meses, las urgencias y las visitas sin cita se habían duplicado. Los animales estaban inquietos, raros. Algo estaba cambiando en el tiempo y los tenía a todos descontrolados.

Sacó el móvil para distraerse con vídeos de gente tropezando y cayéndose de las maneras más absurdas y graciosas posibles; una compulsiva colección multimedia que le había enviado Nico, su estrafalario compañero de piso, la noche anterior. Le encantaban esos vídeos. Después mandó un par de correos a unos clientes y repasó algunos antiguos.

Aunque intentó evitarlo, buscó a propósito la única conversación archivada al final de la cascada de mensajes. Esa que no

quería recordar (pero tampoco borrar), y que tenía etiquetada como «Chupito de arsénico», una trampa mental que se había autoimpuesto para mantener su ansiedad a raya. Pero cedió a su impaciencia y releyó las últimas palabras que Briana y ella habían intercambiado el tres de abril. Dardos como: «Me has decepcionado», «No me esperaba esto de ti» o, la que consideraba su favorita, «Me has roto el corazón», agujerearon su calma matutina.

Casi seis meses después, todas esas palabras seguían igual de candentes, como pequeñas brasas adormiladas que aún escocían debajo de la piel. Varios vídeos de internet le habían insistido de forma ferviente en que, para superar una ruptura de pareja, era imprescindible mantener el contacto cero. Nada de llamadas, nada de mensajes. Nada de nada. Como si esa persona no hubiera existido nunca.

Maia sonrió para sus adentros con ironía. Lo había intentado, claro que lo había intentado. Había borrado el rastro de Briana de la mejor forma posible: había eliminado un montón de fotos, tirado (algunos) de sus regalos e incluso la ropa que habían compartido ahora tenía un nuevo hogar debajo de la cama. Pero todavía se sorprendía buscando las últimas actualizaciones que Briana subía a su perfil o paseaba a propósito por los lugares en los que había muchas probabilidades de coincidir.

Después de esos largos meses, Briana estaba más presente que antes. A Maia le era imposible fingir que no había existido. Ella era diferente, había sido una explosión de luz y belleza en su vida y no podía arrancarla como a un simple hierbajo.

Suspiró. Bloqueó la pantalla y metió el teléfono en el bolsillo de la bata. Se puso a desinfectar la camilla, las encimeras y el resto de superficies de la consulta y, poco a poco, las ganas de escribirle se esfumaron.

Cuando terminó, se dirigió hacia la sala de hospitalización al final de un estrecho pasillo que solía permanecer en una constante penumbra. A Marco, el otro veterinario, no le gustaba pasar mucho tiempo allí dentro porque se agobiaba con las cajas de material y las montañas de fármacos acumulados a los lados. En cambio, a ella le relajaba estar rodeada de poca luz y de los pitidos de las bombas de medicación.

Revisó por encima que todo estuviera en orden. En ese momento, tenían a tres animales hospitalizados: un elegante gato azul ruso que se recuperaba de una intervención en una pata después de una caída aparatosa, una chihuahua de ojos saltones que había superado una meningitis bastante peligrosa y, por último, estaba el viejo Tango.

Se acercó a él con pasos lentos, descansaba en la jaula encajada en el fondo de la sala. Se asomó por la rendija y se encontró con el pastor belga, que reposaba la cabeza sobre las patas delanteras con una mirada triste. Comprobó que la vía intravenosa estaba colocada correctamente en su extremidad izquierda, que no había fugas de sangre y que la medicación entraba en el cuerpo del animal sin problema. Al acercarse, Tango empezó a gruñir de forma amenazadora. Se acorraló en el fondo de la jaula observándola con unos ojos grises retadores que volaban sobre un pelaje largo y oscuro. Ella le ofreció su mano para que la oliera y la reconociera, y en ese momento se calmó.

—¿Qué voy a hacer contigo? —se preguntó Maia, preocupada.

Tango tenía una patología cardíaca que le impedía correr y jugar porque se cansaba con mínimos esfuerzos, aunque lo que más le preocupaba a Maia últimamente era su agresividad. Siempre había sido un peludo cariñoso y tranquilo, pero en las últimas semanas ladraba y saltaba a los desconocidos. Sus dueños habían tenido problemas con algunos vecinos porque les gruñía y sacaba los dientes como nunca antes había hecho. Ahora Tango parecía estar continuamente en alerta, como si todo fuera una amenaza para él. Maia sospechaba de que estaba empezando a desarrollar algún tipo de alteración metabólica que estaba modificando su comportamiento. Los propietarios estaban desesperados y se planteaban abandonarlo en una perrera. El perro la miraba con el hocico encogido. Ella le acarició las orejas y entonces se tranquilizó.

Maia siempre se había entendido muy bien con los animales. Cuando era pequeña, se escapaba de casa para buscar gatos abandonados y alimentarlos con leche y pan. Sus padres le regañaban cuando se encontraban con auténticas camadas escondidas dentro del armario. Pero no podía evitarlo. Se sentía en paz cuando estaba rodeada de maullidos y pelos de perro. Tenía la sensación de que su sitio estaba al lado de todos esos animales, aunque sus amigos se reían de ella cuando les decía que podía comunicarse con ellos a través de una mirada o una simple caricia. Pero le daba igual lo que pensarán. Disfrutaba de esa conexión silenciosa. Era un

entendimiento mutuo. Aunque con Tango le resultaba muy difícil comunicarse, y eso la frustraba.

En ese momento, su móvil vibró en el bolsillo y lo cogió con ansias. Tal vez algo en la cabeza de Briana se hubiera encendido y rompiera el contacto cero. Pero en la pantalla se iluminó el nombre de Ruth, su madre, que estaba haciendo una videollamada. Maia resopló con pereza y, tras unos segundos tentada de no cogérselo, aceptó la llamada.

—Hola, mamá —saludó con poco interés.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

Ruth la examinaba desde el otro lado de la pantalla con esa mirada que a Maia le provocaba tanta inseguridad. Le fastidiaba reconocerlo, pero conforme cumplía años, se parecía cada vez más a su madre. Vio en ella el mismo tono claro de piel, los mismos ojos encapotados y los pómulos marcados con timidez.

—Estás guapa —le dijo con una tímida sonrisa.

A Maia le sorprendió el comentario. Después de la ruptura con Briana, y como mecanismo de supervivencia, se había cortado el pelo. Ahora, su larga melena negra apenas le llegaba a las orejas, y su lóbulo izquierdo lucía tres nuevas perforaciones. Su madre odiaba los pendientes y el pelo tan corto. Pero Maia se sentía como una auténtica rebelde sin causa.

—¿Qué quieres? —le preguntó Maia, que apoyó un codo sobre la mesa mientras sostenía la barbilla con la otra mano.

—Solo quiero saber cómo estás. ¿Cómo va todo? —le insistió.

—Pues bien. Supongo que bien. Llevo unos días sin parar, no sé qué está pasando, pero todos los animales están descontrolados... estoy agotada.

—¿Te estás tomando los suplementos que te recomendé?
Maia apretó la mandíbula.

—No he tenido tiempo de comprarlos —respondió con cinismo.

A Ruth se le apagó el rostro cuando vio que su hija resoplaba delante de la cámara.

—Bueno, intenta probarlos, seguro que descansas mejor. A mí me va muy bien con ellos. Son todo ingredientes naturales. Los hace una mujer maravillosa que conocí en mi último viaje a la montaña.

—Lo pensaré. ¿Y tú cómo estás? —cortó Maia de inmediato. No le apetecía hablar de suplementos milagrosos ni del poder sanador de la naturaleza.

Ruth esbozó una sonrisa tímida y encogió los hombros.

—Bien, muy bien. Tengo mucho trabajo. La tienda va genial, todo lo casero y lo natural se ha puesto de moda. No paro de hacer encargos de mis tónicos y lociones. Ah, y estoy dando clases de cosmética basada en plantas. A la gente de aquí le encanta.

—Vaya, es genial.

Ruth suspiró con paciencia. Se apartó su larga y espesa cabellera grisácea a un lado y Maia descubrió un nuevo tatuaje de una golondrina en la clavícula. El excéntrico aspecto de su madre se había relajado con los años. En otra época, había llevado todo tipo de amuletos, piedras, pañuelos coloridos y

bisutería astrológica de lo más estridente. Ahora transitaba su era más minimalista, con menos decoración y más arrugas alrededor de los labios que no se preocupaba en ocultar.

—¿Y cómo llevas lo de Briana? ¿Están las cosas más tranquilas?

Maia apretó los labios y desvió un momento la mirada al montón de carpetas que tenía al lado.

—Sí, mucho mejor —se limitó a contestar.

Sabía lo que su madre estaba intentando. Lo llevaba haciendo varios meses, pero ella no estaba dispuesta a entrar en su juego.

Desde muy joven, Ruth siempre había sido una mujer poco convencional. Había nacido y crecido en Orballo y los vecinos la percibían como alguien solitaria y extravagante. Mientras los niños de su edad se dedicaban a jugar en la plaza del pueblo, ella pasaba horas en el bosque junto a su hija, recolectando piedras y runas que luego usaba para sus misteriosos conjuros en las noches de luna llena. Se convirtió en una experta en plantas medicinales, incluso aprendió a hacer sus propios ungüentos para curar heridas y cortes superficiales. A Maia le avergonzaba cuando hablaba de cartas natales y de vidas pasadas delante de los niños del colegio. Lo peor era que su abuela incentivaba los comportamientos de su hija e intentaba que Maia siguiera sus pasos. Ambas estaban empeñadas en que ella también tenía un don especial conectado a la naturaleza. Pero, lejos de eso, Maia se sentía la oveja negra entre tanta extravagancia.

Ruth conoció a Xavi, su padre, y se enamoraron muy jóvenes como dos bobalicones. Se casaron y compraron una

pequeña casa donde creció Maia. Pero, un día, Ruth descubrió que eso de la maternidad era una carga demasiado compleja, una atadura de su espíritu indomable y que necesitaba descubrir quién era sin una niña pegada como una lapa todo el día. Así que cuando Maia tenía doce años, Ruth hizo las maletas. Empaquetó sus plantas, sus cuadernos de hechizos, todos sus vestidos estrafalarios, y se marchó. Les anunció a Maia y a su padre que necesitaba seguir descubriendo su propósito vital en algún rincón del mundo y ese sitio no era Orballo.

Estuvo desaparecida durante años. Solo recibía noticias de ella en forma de postales de todos los países que había visitado y llegaban puntual el día de su cumpleaños. Con los años, Maia tenía una colección de postales muy interesantes; Londres, Roma, Milán, pero también de la fría ciudad de Mirny o Sandomierz, en Polonia. En todas decía siempre lo mismo: te quiero, espero que estés bien, me acuerdo de ti... Poco más. Le había cogido mucha manía a esas postales.

Justo antes de que empezara la universidad, Ruth reapareció. Por fin había encontrado su lugar en un pequeño pueblo en las montañas del sur, un sitio muy parecido a Orballo, pero sin lluvia y con veranos sofocantes. Desde entonces, solo se veían unas pocas veces al año.

—Miguel te manda recuerdos —le dijo, con esa sonrisa cauta.

—Dale un abrazo de mi parte.

Sin duda, lo único bueno que había sacado de la ausencia de su madre, era haber conocido a un hombre tan original como Miguel. Era un tipo sencillo y sonriente al que le gustaba

vestir con camisas de lino de estampados horteras. Aunque tenía ideas demasiado alternativas respecto a la medicina moderna que chocaban frontalmente con las de Maia, tenían unas conversaciones muy interesantes sobre espiritualidades orientales y lo mal que se estaba construyendo el mundo. Maia sabía que podía hablar con él con mucha más profundidad que con Ruth.

Notó que su madre estaba algo tibia, trataba de arrancar alguna idea de su cabeza. Así que no le quedó otra que tirar ella de la conversación.

—¿Qué pasa, mamá?

El rostro de Ruth se desarmó y dibujó una expresión de tristeza.

—Cariño, tengo que contarte una cosa. —Carraspeó antes de seguir—. Hace unos meses estuve en el médico y me han diagnosticado... no recuerdo el nombre, es algo de una proteína que cubre los nervios del cerebro... —intentó explicar con el ceño fruncido—. No sé, no me enteré bien.

Maia se enderezó y le prestó más atención.

—¿Esclerosis múltiple? ¿Tienes esclerosis?

—Sí, creo que es eso.

—¿De verdad no te has molestado en aprenderte tu propio diagnóstico?

Ruth torció la comisura del labio y echó hacia atrás su melena ceniza.

—No me gustan los médicos, ya lo sabes.

—¿Y desde cuándo te notas mal?

—Me lo diagnosticaron en abril.

—¡De eso hace seis meses!

—Lo sé, pero no quería decirte nada. Total, no tiene cura.

A Maia se le encendió el piloto de enfado. Su madre era mucho más evitativa que ella y había que sacarle las cosas con cuchara. Le ponía de los nervios.

—La cuestión es que los síntomas van mucho más rápido de lo que esperaban. Después de un brote, me cuesta caminar.

Ruth intentaba mantener la compostura, pero no conseguía engañar a Maia.

—Te digo todo esto, porque he estado pensando mucho en ti... —dijo con la voz quebrada—. Me gustaría pasar más tiempo juntas. He pensado que te podías venir una temporada conmigo.

—¿Allí, con vosotros? ¿Y qué pasa con Miguel?

—Él está encantado con la idea. Ya sabes que es un cielo, me está ayudando en todo.

Maia se quedó congelada.

Así que ahora la echaba de menos, ahora que estaba enferma se acordaba de que tenía una hija. Maia arrugó la frente y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Tengo un trabajo, mamá. No puedo irme y dejar a Marco solo con toda la consulta empantanada.

—Es solo una idea, quiero que lo pienses. Puede ser en vacaciones o cuando tú quieras. Podemos organizarlo tranquilamente.

—También tengo que hablarlo con papá.

—Tu padre ya lo sabe —le interrumpió.

Eso le pilló aún más desprevenida.

—¿Cómo? ¿Habéis hablado y no me habéis dicho nada?

—Fue hace unos días, a él también le parece buena idea.

Maia ya no sabía dónde meterse. Resopló varias veces.

—Me lo tengo que pensar.

—Lo entiendo.

Maia y Ruth se quedaron en silencio unos segundos.

—Vamos hablando, ¿vale? —dijo Maia, mordiéndose la lengua para no contestarle borde.

—Sí, claro. Te quiero, cariño.

Cortó la llamada y dejó el móvil en la mesa.

Ni de coña iba a pasar más tiempo con ella. Eso estaba claro.

Ya lo intentó una vez y fue la peor experiencia de su vida. Se fue a vivir con ella mientras terminaba las prácticas de la universidad. Ruth era desordenada y caótica. Las conversaciones eran escuetas, su madre se había construido una espesa coraza. Ni siquiera estaba segura de que la conociera de verdad.

Se llevó la mano a la frente y de repente empezó a agobiarse, sintió una presión en el pecho. ¿Desde cuándo la vida se le había torcido tanto? Una madre ausente que reaparece por sorpresa, un padre triste por haber perdido al amor de su vida, una ex que no lucha por ella y un trabajo asfixiante. Los treinta habían sido una entrada triunfal, a lo grande. Una mierda como un castillo.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Marco llegó a la clínica. El hombre llevaba un chubasquero amarillo que cubría sus alargados brazos. Se sacudió la cabeza como un perro nada más entrar por la puerta.

—Otro magnífico día de lluvia... —dijo con alegría, y se quitó el chubasquero en la entrada intentando no empujar demasiado el suelo.

Después se acercó a Maia con grandes zancadas.

—¿Cómo ha ido la mañana? ¿Mucho follón?

—Muchísimo, ha sido muy larga. He perdido la cuenta del número de gatos con heridas que se han escapado de casa. No sé qué está pasando.

Marco aireó su cabello canoso y retorció el bigote prominente que conservaba algunos restos de su castaño natural. Era el segundo veterinario de la clínica, un amante de los animales y la naturaleza, vivía con su mujer y sus tres hijos en una pequeña cabaña en las afueras de Orballo.

—¿Cómo que no sabes lo que pasa? —Marco se puso el batín y los zuecos y se acercó a Maia, que recogía sus cosas para irse a casa—. ¡Ha llegado el otoño! Estamos en plena víspera de la Noche Fría. No es la primera vez que los animales se alteran por estas fechas.

Maia dejó escapar una sonrisilla burlona. Se puso un suéter violeta e intentó peinarse el cabello con los dedos.

—Sé que detestas estas cosas —intervino su compañero, rascándose la nuca—. Pero te guste o no, es así, estamos en la semana más mágica de Orballo. Los animales solo nos están avisando.

—Odio las fiestas y más aún la Noche Fría. Hay demasiadas reuniones familiares innecesarias, comidas forzadas... paso. Este será otro año en el que me encerraré en casa comiendo helado y viendo películas de miedo.

—Deberías darle una oportunidad. Tienes que tener más respeto por nuestras costumbres —le dijo con cierta acritud.

Marco no era el único en Orballo que vivía tan arraigado en las tradiciones. Todos los vecinos tenían una especial devoción, quizás demasiado ferviente, por todo lo relacionado con las fiestas y las celebraciones.

La chica se enfundó un chaquetón impermeable y se cubrió la cabeza con la capucha al ver cómo caía la lluvia a través de la ventana. El cielo rugía sin tregua sobre los tejados de Orballo.

—Estas fiestas son la excusa perfecta para reventar de comer y beber como si no hubiera un mañana —espetó con cinismo—. No cuentes conmigo. Que tengas buena tarde.

Marco arrugó el bigote y vigiló los pasos de Maia bajo el aguacero, que la condujeron hasta su vieja furgoneta.



Empujó con el pie derecho la puerta del apartamento. Siempre se quedaba atascada y siempre tenía que hacer el mismo juego de pies para poder entrar.

—¡Ya he llegado! —gritó al viento cuando cerró tras de sí.

Soltó las llaves y se descalzó. El mejor momento del día.

El piso estaba helado, la calefacción era otra de las cosas que no funcionaba. El frío calaba fácilmente entre las paredes y no era suficiente con conectar los radiadores y las estufas.

Aunque los chicos se las habían apañado para encontrar el calor entre mantas y dobles calcetines.

Atravesó el salón y la cocina para llegar a la habitación de Nico, donde lo encontró sepultado por una montaña de bocetos en los que había estado trabajando. Algunos se esparcían por el suelo, otros descansaban sobre la cama, y una cantidad nada desdeñosa se arrugaban en una esquina de la habitación.

La delgada figura de Nico permanecía encorvada en una mesa escondida entre pinturas, rotuladores y gomas de borrar, muchas gomas de borrar. Nico estaba concentrado en una enorme hoja de papel donde intentaba esbozar la figura de una chica en un salvaje bosque. Su mano izquierda se movía rápida sobre el papel, dibujando con suavidad trazos acompañados a una música relajada. Resopló con frustración. Su entrecejo se había comprimido varias veces desde que Maia se había asomado por la puerta.

—No hay manera ¿eh?

Nico giró la cabeza y sonrió cuando encontró la figura de su compañera apoyada en el marco de la puerta. Dejó reposar el lápiz en la mesa y se toqueteó el moño que recogía su larga melena rubia.

—Por tu cara creo que ha sido un día horrible para los dos —opinó el chico sin relajar la postura.

—Empieza tú —le sugirió Maia.

Nico volvió a resoplar.

—No me sale, le estoy dando mil vueltas, pero es una historia que no me sale.

—¿Y eso?

—No la veo —contestó, negando con la cabeza—. No veo a la prota. No sé cómo dibujarla. Llevo meses con esta historia y no sé cómo seguir, es desesperante.

Maia se acercó y echó un vistazo rápido a lo que Nico intentaba dar forma en el papel. Distinguió varios bocetos con diferentes estilos de chicas. Algunas eran altas y delgadas con el pelo negro, otras más bajitas y de ojos grandes. También había experimentado con cuerpos musculosos y otros coloreados por un bonito tono marrón chocolate. El paisaje sobre el que dibujaba a su protagonista era distinto y cambiaba en función de la figura: una playa, un bosque, un pueblo pequeño.

Maia estaba convencida de que Nico era un magnífico ilustrador. Tenía ese toque especial, le resultaba muy fácil transformar una idea abstracta en un dibujo, un lienzo o un cuadro hecho al óleo. Le salía solo. Pero desde que recibió una mala crítica por parte de un editor de cómics, estaba bloqueado, y ahora jugaba contra el peor de sus enemigos: la idea aplastante de que era un inútil. Después de aquello, había encontrado trabajo como profesor en el instituto de Orballo y dedicaba más tiempo a enseñar a chavales sin talento que al suyo propio.

El cuarto permanecía en un orden caótico, con todos los materiales esparcidos entre el suelo y la cama. En los años que llevaban viviendo juntos, lo habría visto ordenado un par de veces: cuando su madre hacía sus visitas sorpresa para asegurarse de que su hijo seguía vivo y bien alimentado, o cuando conoció a su chica “definitiva” que, al final, resultó otro desamor para añadir a su colección.

Nico se peinó el moño con los dedos y se apartó de la mesa de trabajo para dar un descanso a las musas.

—¿Algo interesante en tu día?

Esta vez fue Maia la que resopló.

—Un chico ha venido a la revisión con dos erizos que tiene como mascotas. Son preciosos, pero tenía las manos llenas de heridas y costras. Se nos está yendo la cabeza. Cualquiera día, se presenta alguien para que le ponga una vacuna a una pulga.

Nico rio divertido.

—Ah, y me ha llamado mi madre —soltó Maia, y se dejó caer sobre la cama.

Las cejas de Nico se alzaron en su frente despejada.

—¿En serio? ¿Y qué quiere ahora?

—Le han diagnosticado esclerosis múltiple. Quiere que me vaya con ella una temporada.

Nico se quedó pensativo observando el perfil de su amiga.

—¿Y qué vas hacer?

—No pienso ir.

—Tiene que estar muy asustada para que te llame de repente y te pida algo así.

Maialadeó la cabeza y fulminó a su amigo con la mirada.

—¿Y de verdad cree que porque esté enferma voy a perdonarle todo lo que ha hecho? Que llame a uno de sus amigos hippies para que le haga compañía.

—Maia... —Nico se tumbó a su lado—. No seas tan dura con ella. Sabes que hace lo que puede, tampoco lo tuvo fácil aquí en Orballo. Los vecinos no la entendían.

—¿Cómo la van a entender? ¡Si está como un cencerro! Asustó a todos sus amigos con esas ideas de brujería que tiene en la cabeza. Mi abuela se las metió en vena y casi hace lo mismo conmigo, vaya panda de taradas.

La chica se removió en la cama y resopló. Le enfadaba que Nico le diera la razón a Ruth y no a ella. Podía acribillarla con los mejores argumentos que se le ocurriesen, pero no iba a cambiar de opinión. Doce años de ausencia no se iban a esfumar con una visita al campo, ni siquiera por una enfermedad degenerativa.

—Eres muy cabezona. Creo que...

—Prefiero no seguir hablando del tema. —La voz de Maia sonó dura.

Nico sacudió la cabeza a los lados y rodó con la silla al escritorio. Desordenó algunas hojas y encontró el esbozo de una chica tumbada bajo las ramas de un precioso pino con el tronco retorcido.

—¿Qué te parece? —preguntó, alzando el dibujo en el aire—. La he llamado Viento.

Maia miró con interés e intentó que su tono sonara más tranquilo.

—Me gusta mucho.

—No me convence... —opinó, arrugando la nariz.

—¿Lo vas a mandar a algún sitio?

—Aún no está perfecto. —El chico apretó los labios.

—Y nunca lo va a estar.

Hubo un breve silencio antes de que Maia se incorporara en la cama.

—Me voy a duchar y hago la cena, ¿quieres algo?

—No te preocupes, ahora voy yo.

Maia asintió con la cabeza y dejó a Nico dándole vueltas a su protagonista. Volvió al salón, encendió el televisor y se preparó un bocadillo de pimientos asados acompañado de una ensalada de mozzarella y tomate. Se sirvió un vaso de zumo y, como postre, un trozo de bizcocho que Nico había hecho esa misma mañana, una de sus mejores recetas, a las que no se podía resistir. Empezó a picotear el tomate a la vez que echaba un vistazo a los mensajes del móvil: una prima poniéndole al día de sus desilusiones amorosas, varias dudas de un nuevo cliente sobre su cachorro peludo, y poco más. Se desesperó al comprobar que la única conversación que realmente le importaba seguía congelada.

Su enojo se esfumó en cuanto apareció una presentadora que daba el parte metereológico. Un mapa detrás de ella se cubría de líneas grises y blancas que corrían con rapidez.

—Hay aviso de fuertes tormentas en la zona noroeste —decía, señalando la localización exacta de Orballo—. Habrá lluvias y vientos fuertes, con un descenso marcado de las temperaturas. Hace más de treinta años que no se han visto tormentas de tal calibre, así que recomendamos a los tele-espectadores que tengan cuidado y se resguarden en sus casas durante los días más intensos.

La presentadora continuó hablando sobre las precauciones básicas que había que tomar ante la inevitable tormenta, cuando Maia escuchó a lo lejos el rugido de un trueno. Se asomó a la ventana y vio que en el cielo empezaban a tomar

LA GUARDIANA DE ORBALLO

forma nubes oscuras y espesas que iban cubriendo todo Orballo. Se abrazó a sí misma. Sin dejar de prestar atención, mordió el bocadillo, mientras se preguntaba dónde había metido las botas de agua.